

# Notas sobre ontología del declinar<sup>1</sup> La hermenéutica nihilista de Gianni Vattimo

## *Notes about the ontology of the decline The nihilistic Hermeneutics of Gianni Vattimo*

Daniel Mariano LEIRO

Universidad de Buenos Aires

Recibido: 12-01-2008

Aceptado: 26:01-2009

### Resumen

Gianni Vattimo es sin duda uno de los mayores filósofos vivos que se ha embarcado en una difícil empresa de renovación del pensamiento crítico de izquierda en una era posmetafísica, mediante una propuesta de *pensamiento débil* que reformula las posibilidades de emancipación humana en términos de una progresiva reducción de la violencia y el dogmatismo. En este trabajo se reconstruyen las tesis fundamentales de la hermenéutica *debolista* y se intenta responder a la pregunta de por qué el compromiso con la emancipación es importante para la filosofía de Vattimo cuando ya no es más posible seguir invocando a la noción de verdad por correspondencia para legitimar el discurso.

*Palabras clave:* emancipación, declinar, metafísica, Vattimo, violencia

### Abstract

Gianni Vattimo is undoubtedly one of the greatest living philosophers who has undertaken the difficult enterprise of renewing the left wing critic thinking in a post

<sup>1</sup> El presente trabajo fue leído en las VIII Jornadas de comunicación de investigación en filosofía "Acción, pasión y racionalidad" organizadas por la Secretaria de Extensión y el Departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral, Provincia de Santa Fe, Argentina, los días 9 y 10 de Noviembre de 2007.

metaphysical era by means of “weak thinking” proposal which reformulates the possibilities of human emancipation in terms of a progressive reduction of violence and dogmatism. In this paper, the fundamental thesis of the “*Debolista Hermeneutics*” is rebuilt and there is an intent to answer the question of why the commitment with the emancipation, is important for Gianni Vattimo’s philosophy, when it is no more possible to continue invoking to the notion of correspondence to legitimate the speech

*Keywords:* Emancipation, decline, metaphysics, Vattimo, violence

A Teresa Oñate

En la medida en que puede entenderse como un discurso que concierne al modo de darse del ser en la experiencia pos-metafísica de nuestra época, el pensamiento débil o más sencillamente, hermenéutica como Vattimo prefiere llamar a su propuesta de filosofía en los últimos años, intenta ofrecer una lectura no sólo sociológica o histórico-cultural, sino ontológica de la existencia humana en las actuales condiciones de la tardo-modernidad.

Siguiendo esa inspiración se comprende que la elección del título de esta nota *Ontología del declinar*, haya procurado mantenerse fiel a la pretensión fundamental que identifica a la hermenéutica del filósofo de Turín. La feliz metáfora que ha tenido tal vez una recepción más afortunada, a juzgar por la serie de tergiversaciones de la que ha sido muchas veces objeto el más conocido de los nombres de la propuesta teórica del pensador italiano, nada tiene que ver con una sensibilidad pesimista o decadente al estilo de Oswald Spengler. Y no es difícil reconocer en esa expresión un verdadero hallazgo, tal vez el más poético de los ensayos reunidos en el volumen *Más allá del sujeto*<sup>2</sup>, para designar a un programa de hermenéutica nihilista que busca desenvolver en el final de la metafísica, las consecuencias de la experiencia heideggeriana del olvido del ser; muchos de cuyos rasgos – afirma el filósofo de Turín - habían sido ya anticipados por Nietzsche, con el famoso anuncio de la muerte de Dios.

Aún cuando el mismo Vattimo reconoce que puede quizás resultar escandaloso hablar de un Heidegger nihilista y que la continuidad con el nihilismo de Nietzsche no es obvia en absoluto, lo cierto es que está última parece verificarse en la conclusión heideggeriana según la cual, en el final de la metafísica, del ser no queda nada, porque se ha convertido en valor. En realidad, es esta conclusión de cuyas implicancias Heidegger no parece haber sido demasiado conciente, la que consigue

<sup>2</sup> Vattimo, Gianni, *Hacia una Ontología del declinar* en *Más allá del sujeto*. Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica (trad. Juan Carlos Gentile Vitale), Paidós, Barcelona, 1992.

desarrollar lo que venía anticipándose desde la época de *Ser y Tiempo*, cuando el filósofo de la Selva Negra, después de haberse encaminado hacia la búsqueda del ser como un trascendental de la experiencia del ente, comprendió que ni el Ser ni el *Dasein* en tanto proyecto arrojado, podían cumplir la función que la metafísica había pretendido atribuirle al fundamento. La desvalorización de los valores supremos que anuncia Nietzsche con la muerte de Dios, después de la cual el hombre, abandonando el centro rueda hacia la X, viene así a ponerse en paralelo con la situación desfondada del *Dasein*, que no puede reclamar para sí la posición de centro, en la medida en que el sentido del ser se da solamente al hombre pos-copernicano “como dirección de des-poseción y desfundamentación”<sup>3</sup>. En opinión de Vattimo es allí donde podemos encontrar contenido el nihilismo de Heidegger.

Mediante el pensamiento del *Andenken* el Heidegger posterior a la *Kehre* había mostrado que la metafísica se había “reificado, dejando en el olvido su momento de originación en el ser como un ámbito de develación a partir del cual los entes advienen a la presencia. Pero es el recuerdo de esta proveniencia olvidada lo que deshace por completo la exclusividad del horizonte de la presencia, impidiendo tomar en serio la ultimidad y solidez de la metafísica. En efecto, ninguna de las épocas de la metafísica puede reclamar para sí la posición de fundamento absoluto, pues todas ellas remiten por igual a un momento de originación en el envío (*Geschiek*) del ser que establece las condiciones a partir de las cuales las diferentes humanidades históricas le confieren un sentido a su experiencia del mundo. De manera que el advenir a la presencia de las distintas épocas de la metafísica se asienta en el movimiento de desfundamentación del destinar del ser que impide que las aperturas históricas de sentido puedan trascender la radical historicidad de su impronta destinal.

Pero en el mismo acontecimiento del destinar del ser, el envío se retrae dejando que lo presente y manifiesto en cada época, sea. Remontando este aspecto del acontecer a través de las distintas épocas de la metafísica, Heidegger descubre un posible hilo conductor que dibuja una suerte de desarrollo lógico en el creciente olvido del ser que llega a su consumación con la identificación nihilista de la época tecnocientífica entre ser y valor.

Es por ese motivo que Heidegger concluye que en la época de la culminación de la metafísica sólo cabe pensar en el ser como rememoración de un envío. Vattimo, por su parte, acentuará los elementos nihilistas de esta rememoración para abandonar los restos del pensar estructural de la metafísica que quedan todavía en la idea heideggeriana de sustracción del envío del ser como un insuperable momento de ocultamiento más allá de su histórico acaecer. Si elige una solución interpretativa de ese tipo que al parecer desemboca en una especie de teología negativa –y es por ese motivo que Vattimo se refiere a ella como la posición de la “derecha heideggeriana”, retomando en analogía un poco libre las vicisitudes de la escuela hegeliana– se corre el riesgo de quedarse sin poder rebasar los violentos límites de la metafísica.

<sup>3</sup> Vattimo, Gianni, op. cit., p. 29.

Pero si se quiere preservar la radicalidad del pensamiento de la diferencia ontológica y evitar el riesgo de una recaída en la metafísica a la cual parecen conducir las posiciones de la “derecha” heideggeriana, sólo cabe pensar al ser como aquello que se da en el acontecer de los horizontes históricos que condicionan y posibilitan las interpretaciones de cada época. Así pues el envío de ser no es otra cosa, en la visión del filósofo italiano, que la inagotable fuente de transmisión de mensajes, continuamente retomados de un modo diverso por las generaciones, en un movimiento de apropiación y desapropiación que hace surgir a las distintas épocas. Pero a pesar de que este inabarcable modo del destinar del ser sigue el ritmo del nacimiento y muerte de las generaciones, el envío, por su misma condición de acontecimiento histórico, no se da sino sustrayéndose al modo de la presencia. Por tanto, no puede haber presión plena del envío del ser porque este acontecimiento no tiene la estabilidad propia de un objeto que se presenta frente a nosotros, ni se da como un suelo firme al que se puede esperar encontrar como lo originario. Vattimo ha resumido magistralmente esa condición de eventualidad del ser con la conocida tesis según la cual en el final de la modernidad comprobamos que “el ser no es sino que acontece”. Así se comprende que aún cuando el evento siempre deja su imborrable huella en las distintas épocas históricas, el acontecimiento del destinar del ser como tal, se escapa inevitablemente a todo intento de hacerlo presente mediante cualquier forma de reflexión. Al ser cabe solamente evocarlo con la rememoración de su histórico acaecer, en esa relación del *Andenken* en la que dejando marcarse al ser como fundamento del ente, buscará comprenderlo en su carácter de acontecimiento ya siempre-ido, “con la *pietas* como devoción-respeto que se devuelve a la vida-muerte, a los vivientes como productores de monumentos”<sup>4</sup>.

Profundizando esta visión del pensamiento del *Andenken* que privilegia el movimiento de desapropiación y desfundamentación, el pensador italiano consigue reformular en términos más productivos el sentido del nihilismo que se consume en la época tecnocientífica no tanto como una situación en la cual el ser yace en un completo olvido sino bien como la época en la cual el ser despotenciado de sus tradicionales caracteres metafísicos se manifiesta como acontecimiento.

En el mundo del *Gestel* hombre y ser pierden los caracteres que la metafísica había querido conferirles –ante todo, aquellas determinaciones que los enfrentaban como sujeto y objeto–. En virtud de esta constitución positiva que Vattimo ve dibujarse en uno de los escritos de *Identidad y Diferencia*, el *Gestel* se revela como el primer, apremiante relampaguear del evento, anunciando la posibilidad de un darse ya no metafísico del ser. Tal posibilidad deja abierta una “*chance*” de emancipación para el hombre, la posibilidad de liberarse del puro dominio que impone el mundo administrado de la organización científico-total, lo que indica que la metafísica cumplida en la racionalidad tecno-científica puede ser pensada no sólo en términos negativos de devastación de lo humano; precisamente, porque con la consumación

<sup>4</sup> G. Vattimo, *Ética de la Interpretación*, (trad. Teresa Oñate) Paidós, Barcelona, 1991, p.29.

de la metafísica, comienza a ponerse de manifiesto también el declinar del ser que se vuelve mortal, llevando hasta la disolución los caracteres violentos de objetividad y estabilidad que tradicionalmente se habían asignado a la noción de *Grund*.

De esa perspectiva es posible comprender con una mirada más amistosa la historia del ser de la metafísica que así puede ser vista como la historia de un largo adiós de todas las estructuras silenciadas de autoridad.

Retomando la indicación de *Identidad y Diferencia* que, según Vattimo, constituye un verdadero *apax legòmenon* en el conjunto de las obras heideggerianas, el filósofo italiano busca el nuevo acontecimiento del ser del cual dependa la superación de la metafísica dirigiendo la atención al *Gestell* que nos permite captar los rasgos de la apertura de la modernidad en la cual estamos arrojados, pues sólo desde ella podrá sobrevenir una superación de la violencia metafísica. Pero este sobrepasar de la metafísica en la culminación de la modernidad donde – siguiendo la interpretación *debolista* del texto de *Identidad y Diferencia* – se daría al fin un primer, apremiante relampaguear del *Ereignis* no podría ser consecuencia de un vuelco capaz de conducir a la salvación desde el extremo opuesto de la negatividad, recordando aquí esa especie de fe dialéctica que los versos de Hölderlin evocan y que Heidegger identifica con el término *Überwindung*. De la metafísica no se podrá salir en un sentido crítico o dialéctico, sino prosiguiendo hasta sus últimas consecuencias en la dirección señalada por Nietzsche, la vocación nihilista de la modernidad, a través de una aceptación-distorsión que reconoce que no puede haber otro ser más allá de aquel que se da en la historia de la metafísica. Lo único que cabe intentar como alternativa a la metafísica es recuperarse de ella como de una enfermedad a la que uno logra sobreponerse, pero que, a pesar de ello, se mantiene viva en nosotros en una especie de estado de convalecencia, pues si con la efectiva racionalización del mundo mediante la ciencia y la tecnología ha quedado en evidencia no sólo el ser debilitado de sus tradicionales caracteres sino también la voluntad dominadora de la metafísica, es claro que una filosofía que aspira a superar las consecuencias destructivas de la libertad de esa misma voluntad de dominación, no podrá apelar a los instrumentos del pensamiento fundamentador que no haría sino prolongar la violencia constitutiva de la metafísica. El sentido de la imposible superación de la metafísica (*Verwindung*) debe entenderse como sinónimo de emancipación, la posibilidad de liberarse de la “alienación” en un mundo completamente racionalizado, para utilizar aquí una vieja expresión cara a la tradición hegelomarxista, pero que acaso no sea completamente ajena a las intenciones más profundas del rechazo heideggeriano de la metafísica, si se consigue desligar al término “alienación” de la concepción esencialista que presupone.

El tipo de prosecución distorsionante de la herencia del pasado que Heidegger ensaya después del fracaso del intento fundacionalista de *Ser y Tiempo*, puede servir de modelo al pensamiento ultrametafísico que busca responder a una llamada y envío (*Schickung*) de la historia de la metafísica, en la que el ser primero se mani-

fiesta en la perentoriedad de la presencia, y al final como aquello de lo cual ya no queda nada pues se revela en su carácter de acontecimiento. Vattimo no cree que sea posible indicar de una manera definitiva los lugares privilegiados de la apertura histórica donde la verdad del ser se haría por fin visible, tal como Heidegger se había propuesto en el ensayo sobre *El origen de la obra de arte*. En cambio, intenta pensar hasta el final las consecuencias de un desafío que el filósofo alemán dejó apenas esbozado en aquella obra, al sugerir la posibilidad de escuchar el advenir de la nueva apertura del ser en eventos menos inaugurales que los de la poesía aurática en los que Heidegger esperaba un nuevo comienzo del ser. En esta búsqueda del anuncio eminente de la apertura característica de nuestra época, la hermenéutica de Vattimo procurará mantenerse fiel a su inspiración nihilista desarrollando todas las implicancias de la afirmación nietzscheana “no hay hechos, sólo interpretaciones”, que no pretende anunciar ningún hecho, sino más bien asumir una interpretación. Y la primera consecuencia de esta posición indica que la hermenéutica como una filosofía conciente de sus propios límites, no podría presentarse como una especie de metateoría descriptiva de la tardo-modernidad que se limitara a constatar la manifestación del ser verdadero en nuestra época como mundo de la pluralidad liberada. Así entendido el pensamiento débil no vendría a ser sino otra teoría metafísica, y acaso la metafísica más banal y fútil de todas.

Releyendo los textos de Heidegger y de los filósofos que han concebido y practicado la filosofía como “impresionismo sociológico” desde Simmel hasta Bloch, la hermenéutica puede solamente proponerse una reconstrucción discursiva del sentido de la nueva apertura del ser, con argumentos de una filosofía de la historia, y es así como el pensamiento débil parecería acercarse a los movimientos políticos revolucionarios del pasado siglo que aunque ha intentado apoyarse en concepciones esencialistas, nunca han podido ofrecer en su justificación razones metafísicas convincentes, sino solamente argumentos de filosofía de la historia. Pero en el caso de la hermenéutica nihilista de Vattimo lo que se propone es una filosofía de la historia del final de la filosofía de la historia, con argumentos que puedan resultar más convincentes que otras propuestas teóricas con las que se intentan descifrar los signos del presente.

Así pues a la narración de la historia de Occidente como un proceso de disolución del ser metafísico en el cual el desarrollo de la hermenéutica se encuentra también implicado, Vattimo la entiende de la misma manera como Nietzsche había presentado a la lógica de la “*muerte de Dios*” que solamente puede tener sentido como un relato donde se intenta mostrar como el mundo verdadero acabó convirtiéndose en fábula, porque no se dan ya las duras condiciones sobre las que se apoyaba una hipótesis tan extrema.

La hermenéutica *debolista* espera confirmar ese hilo conductor “nihilista” que no es en absoluto determinista porque puede solamente reconocerse *aposteriori* en una serie de fenómenos culturales de la modernidad tardía, de carácter social y polí-

tico antes que filosófico donde se verifica un debilitamiento de todo rígido principio de autoridad.

La desrealización del mundo que produce la disolución técnico-científica de la objetividad, tal como Heidegger la entiende, debería ponerse en relación en un discurso que sin llegar a ser completamente demostrativo, pudiera vincular, en primera instancia, la disolución de las pretensiones de objetividad de unas ciencias que se han vuelto abstractas y cada vez más desligadas de la vida cotidiana, señalando que no son reductibles a una racionalidad central, con el final de la creencia en la objetividad en la historia. Con el proceso de descolonización y el fin del eurocentrismo, ha quedado al descubierto el carácter esencialmente retórico de la narración que pretendía dotar de un sentido unitario y progresivo al desarrollo histórico estrechamente ligado a la realización del ideal del hombre europeo.

Asimismo la reducción del sentido de la realidad puede advertirse en la “fantasmagoría” de la sociedad de consumo donde se pierde toda referencia del valor de uso y en el acontecimiento que las visiones parciales de los medios de comunicación construyen, dejando en evidencia que aquello que podemos llamar “realidad” es cada vez más lo que queda en el fondo del conflicto de las interpretaciones. No es menos cierto que los medios tienden a crear homogeneidad y uniformidad en la sociedad pero a la vez generan un fenómeno contrario. Los *mass media* al tiempo que ganan poder de penetración en el mundo se presentan cada vez más explícitamente como verdaderas agencias productoras de interpretación, y es en la sociedad de los medios de información donde nuevas minorías y subculturas comienzan a tomar la palabra, aunque más no sea para seguir las exigencias de la constante innovación que el mercado impone para su propia supervivencia. Pero aún a pesar de esta tendencia ambigua, la multiplicación de los universos culturales que los medios contribuyen a poner de manifiesto ayuda a develar el carácter interpretativo de la imagen occidental del mundo, rompiendo su pretendida unidad.

Otros de los signos del debilitamiento general del principio de realidad se experimentan también en la secularización de la tradición religiosa y de la autoridad política, y en la pluralización de las esferas de existencia y de los sistemas de valor irreductibles a una racionalidad central. Finalmente, en el específico campo del pensamiento, el mismo fenómeno podría ser ilustrado, además de con los textos de Nietzsche y las obras de Max Weber, Norbet Elías, René Girard, Kafka, Proust o Musil, con la disolución de las ultimidades que alcanza incluso al sujeto, como ha tratado de mostrar no sólo la crítica del psicoanálisis, sino también una parte de la filosofía contemporánea, al menos la línea que desde Heidegger llega en nuestros días hasta la posmodernidad.

Pero la hermenéutica que según Vattimo, debería acompañar al pensamiento de debilitamiento del ser, ha devenido, después de haberse convertido en la nueva *koiné* de nuestra época, una filosofía de límites muy amplios e imprecisos. Quizás porque ha evidenciado un exceso de recelo en su intento de no repetir los errores

del fundacionalismo metafísico, es que ha terminado recayendo en una especie de punto muerto de la teoría, que sirve para ilustrar lo que sucede en las sociedades industriales avanzadas donde parecería ser que ningún proyecto político de emancipación social lograra tomar cuerpo. Paradójicamente, las democracias industriales avanzadas donde las condiciones del pluralismo y el libre diálogo se encuentran ampliamente realizadas, son también aquellas en las que el conflicto de las interpretaciones parece más lejos de poder resolverse en el sueño anarquista de Nietzsche, más bien, desalienta la formación de lazos sociales y favorece el resurgimiento reactivo de fundamentalismos de distinto tipo, desde étnicos y religiosos, hasta familiares o simplemente identidades comunitarias restringidas.

En esas condiciones que son también las del *impasse* de la hermenéutica como teoría en la que parece desembocar la aporética situación del discurso del antifundacionalismo y la liberación de las interpretaciones, Vattimo encuentra en el hilo conductor de la reducción de la violencia la fuente de sus elecciones, e incluso la inspiración para intentar una recuperación de la dimensión utópica del pensamiento de izquierda. En el fondo, no se trata sino de un intento de retomar la motivación fundamental de la hermenéutica que ya en Heidegger despertaba el rechazo hacia la metafísica como un pensamiento dominado por una voluntad de controlar todas las cosas. Esa voluntad dominadora de la metafísica con sus violentas consecuencias, destructivas de la libertad humana, quedó al desnudo cuando en el mundo del *Gestel* se completó el momento de mayor olvido del ser. Con la identificación del ser verdadero con la objetividad manipulable de los objetos de la ciencia-técnica moderna, pudo concretarse el proyecto de fundamentación soñado por la metafísica. La efectiva racionalización del mundo en un sistema de causas y efectos que el hombre podía dominar se hizo realidad.

Con esta crítica a la identificación del ser con el ente que se consuma en el mundo moderno, la polémica antimetafísica de Heidegger consigue formular en términos productivos y quizás más radicales, la desconfianza del espíritu de las vanguardias artísticas y filosóficas de comienzos del siglo XX hacia un mundo que, en los años de las guerras mundiales especialmente, se iba perfilando - al decir de Adorno - como el mundo de la organización científico-total, con la consiguiente pérdida de la libertad y la proyectualidad del individuo.

Por las mismas razones que Nietzsche no podría sin contradicción negar la existencia de Dios, ya desde el final de *Ser y Tiempo* comenzó a hacerse cada vez más evidente que la destrucción heideggeriana de la metafísica no podría preparar una descripción del ser más verdadera, como si la noción del ser que la tradición había pretendido legar debería ser rechazada como un simple error por el hecho de que no se adecua al modo como efectivamente se dan las cosas. Solamente si se dispone de otro *aché*, un primer principio incontrovertible, podría pensarse que la metafísica no se adecua a una más verdadera representación del sentido del ser. Pero así el intento de superación fracasaría encallado en los límites de la violenta lógica del funda-

mento que se impone con la fuerza de una incontestable autoridad más allá de la cual no se puede ir.

De manera que el rechazo de Heidegger hacia la metafísica ( así como la tradición que en él intenta inspirarse) solamente podría estar motivado en exigencias de carácter ético-político antes que teórico, como las que comparte gran parte del pensamiento no sólo filosófico sino artístico y religioso de las primeras décadas del siglo XX en las que se manifestaba la necesidad de rebelarse contra la organización total que se estaba imponiendo en el mundo tardo-moderno con la racionalización del trabajo y el triunfo de la tecnología.

Pero este modo de definir la violencia del pensamiento del fundamento derivada del darse del objeto en la perentoreidad de la presencia no podría entenderse a su vez como una definición metafísica que, apelando a alguna clase de esencia o naturaleza del fundamentalismo metafísico, intentara vincular sus efectos violentos como un dato que podría ser probado de una manera incontrovertible de una vez para siempre. Se trata más bien de la conclusión de un discurso crítico que busca relacionar algunas de las implicaciones señaladas por Nietzsche y Heidegger y autores como Adorno y Levinas sobre la experiencia histórica de la violencia en el mundo contemporáneo, dentro de una hipótesis interpretativa acerca del sentido de la historia del ser, que parece orientado a un progresivo debilitamiento de la imposición de la presencia.

Allí se resume la motivación ética de la filosofía de Gianni Vattimo a la que podríamos definir como una ética de la *diferencia*. *Pietas* podría ser otro término que evoca esa actitud ética de un pensamiento ultrametafísico no-objetivante, que se condensa en una expresión de amor profesado hacia lo viviente en la dignidad única e irrepetible que le confiere su limitación y mortalidad constitutiva. Se entiende entonces que un pensamiento ultrametafísico impulsado por esta disposición no-dominadora no pueda sino prestar una devota atención a las huellas, los restos del pasado, sin dejarse tampoco encandilar por la transmisión de lo heredado. Y es también esa motivación ética la que convierte a la filosofía de Vattimo en una hermenéutica de la escucha de lo no-dicho en la historia de la metafísica, donde lo impensado deviene justamente por la mediación de una relectura del “misticismo heideggeriano” reinterpretado a la luz de Benjamín y del *Principio de la Esperanza* de Ernest Bloch, la palabra inaudible de los vencidos de la historia que el poder acalla. Sólo en la escucha de esa palabra, si algo así es posible – nos dice el filósofo de Turín-, el Ser podrá hablarnos otra vez.

Desde esta motivación ética nuestro filósofo intentará repensar las posibilidades de un proyecto de emancipación o incluso, para decirlo más claramente, de izquierda donde el ideal de igualdad entendido ya no como la tesis metafísica que ha identificado por largo tiempo a los movimientos políticos progresistas, no podrá justificarse de un modo naturalista, sino reconociendo que se trata de una condición histórica que exige ser conquistada, corrigiendo las desigualdades de los individuos, lo

cual sería una forma de reducir la violencia que impone la “naturaleza” (y la organización social, el mundo de la *ratio*).

El hilo conductor de la reducción de la violencia que Vattimo intenta extraer en una lectura nihilista de la filosofía de la historia, permite también reformular en términos no puramente reactivos las posibilidades de la libertad humana, a la que no se llegaría siguiendo el ideal de autoderminación del sujeto de la modernidad, íntimamente marcado por la enfermedad de las cadenas, sino través de la liberación del exceso de represión que oprime al individuo en múltiples niveles de su vida, para decirlo con una expresión que recuerda al pensamiento utópico de Herbert Marcuse.

Según el filósofo italiano, la verdad del socialismo se manifiesta en la época del ocaso del ser metafísico a través de una forma de antinaturalismo radical que debería, ante todo conducir a un programa de liberación del dominio de las leyes del mercado. Restaurar la autonomía política respecto de la economía siguiendo la inspiración de Hanna Arendt, significa para Vattimo reencontrar en el presente la verdad olvidada del mensaje socialista, cuya validez – aún por realizar - se condensa todavía en aquel famoso lema de *La Crítica al Programa de Gota*: de cada uno según sus capacidades y a cada uno según sus necesidades.

Distorsionando la doctrina arendtiana de la política aunque sin llegar a ser infiel, Vattimo considera que se puede llamar “socialista” a una sociedad habitable donde la exigencia de la supervivencia vendría acompañada del reconocimiento, un bien imposible de medir en términos económicos, pero que constituye una condición indispensable para alcanzar una buena vida. Una sociedad socialista así entendida, con capacidad de decisión para resistir los embates que la globalización económica engendra, y su inevitable contrapartida, la indisciplina desordenada del populismo, sería una sociedad que pudiera garantizar el equilibrio de las diferencias, mediante la afirmación del derecho al reconocimiento de las comunidades que lo integran. Tanto si se concretara a través de una unidad política nacional o si llegara a realizarse por vía de unidades supranacionales como más bien parece indicarlo la tendencia actual del mundo, lo cierto es que se trataría de una estructura política autónoma con fuertes connotaciones federalistas que aseguraría un efectivo reconocimiento de los individuos, que así dejarían de ser confundidos en la masa indistinta de los ciudadanos-súbditos.